

Ariel

FRÁGIL VIRTUD

JAVIER MELERO

Basado en un caso real

A LA VENTA EL 11 DE OCTUBRE

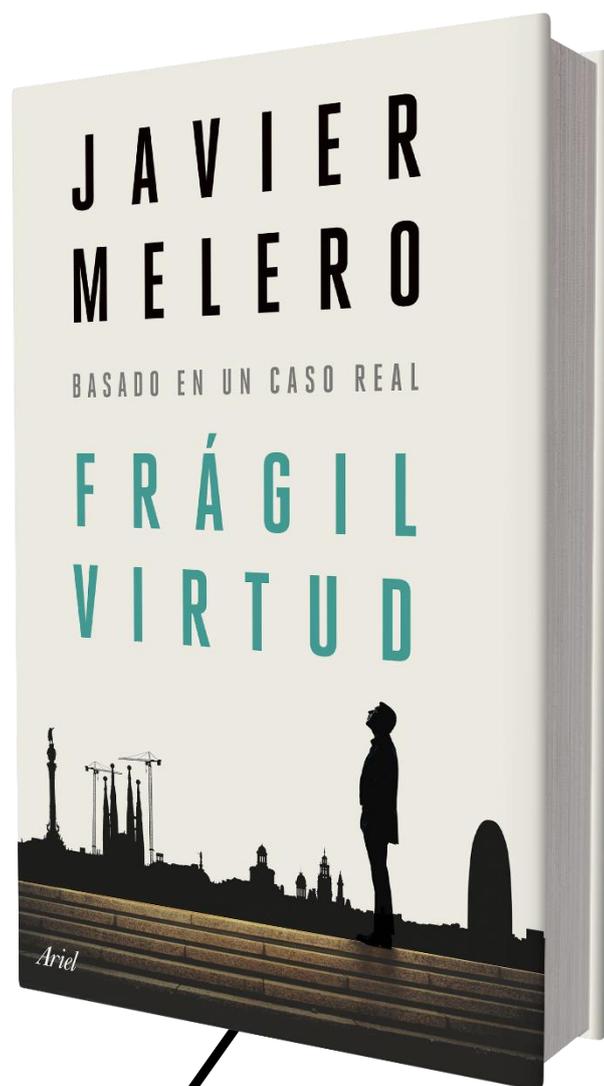
*Autor disponibles para entrevistas

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN

Erica Aspas

RESPONSABLE DE COMUNICACIÓN ÁREA DE ENSAYO

689 771 980 / easpas@planeta.es



SINOPSIS

Basado en hechos reales, este libro relata el descenso a los infiernos de un grupo de burgueses del cinturón de Barcelona que deciden resolver algunos agravios flirteando con el crimen. La contratación de un sicario con agenda propia desencadenará una vorágine en la que nada es excesivo; ni el secuestro, ni el asesinato, ni la propia aniquilación. Autores y víctimas comparten su desprecio por cualquier freno moral en una historia en la que los inocentes brillan por su ausencia.

EL AUTOR



Javier Melero es un abogado con un largo recorrido en derecho penal. Profesor durante muchos años de dicha especialidad en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona y en diversos másteres universitarios, ha sido socio en firmas legales de nivel mundial. Además de participar como letrado en algunos de los casos más notorios de España en los últimos años, se encargó de la defensa de Artur Mas en el juicio de la consulta del 9N. Asimismo ha sido el abogado de los consellers Joaquim Forn y Meritxell Borràs durante el juicio al *procés*. Es autor de los libros *El encargo* y *Cambalache*, ambos publicados en Ariel.



EXTRACTOS DE LA OBRA

«—¿Una querrela de Hacienda, tal vez? — aventuré.

—Para eso ni te hubiera llamado. Hay gente en el despacho con mejores contactos con el fisco que tú. **Me habló de asesinato y extorsión. Algo que empezó hace seis meses.**

—¿Y te lo cuenta ahora? Un poco tarde.

—No lo sé. No acabé de entender lo que explicó, pero **parecía muy grave y tenía algún sentido** — dijo por fin, con una voz que insinuaba que no sabía cómo seguir.»

«El papel olía como la colonia y las gominolas, algo dulce y empalagoso. **Empezaban con el nombre del cliente: «Badía», y un listado de empresas, sociedades anónimas y limitadas y sus domicilios.** Uno de ellos aparecía subrayado. Se trataba de una nave industrial en Castellar del Vallès. Vázquez, muy melodramático, había escrito **«lugar de los hechos».** Seguía otro nombre, **«Pascal»,** y la anotación «intermediario». En resumen, venía a decir que **se había celebrado una reunión en la oficina de Castellar para tratar la compraventa de unas naves y que alguien podría haber muerto. Desde entonces Badía pagaba cinco mil euros al mes para evitar males mayores.»**

«Me propuso hacer un pago a cuenta, pero tenía que ser en efectivo. Quinientos mil euros. El resto lo abonaría en blanco, y le bastaba con un recibo hasta que fuéramos al notario. [...] —**Eduardo abrió la bolsa y, en vez de dinero, sacó una pistola. Apuntó a Pascal y le dijo que había venido a cobrar** — explicó. —¿A cobrar qué? —¡Yo qué sé! Lo apuntaba y, de vez en cuando, también me apuntaba a mí. Entonces Pascal se lanzó sobre él e intentó quitarle el arma — siguió Badía—. El otro disparó y le arrancó el pulgar de un balazo. [...] —**Sí. Yo tenía que decir que era socio de Pascal, que íbamos a medias en todo y que nos dedicábamos a blanquear capitales.** Que Pascal había estafado a unos clientes y que yo respondía por cualquier suma que se debiera.»

«—**Los pagos los hago** — dijo Badía—. Todos los meses me llama Eduardo y quedamos en el Viena de Sabadell, el que está detrás de los juzgados. Charlamos un rato, me insiste en que venda algo para pagarle al menos medio millón y me explica cosas de su vida. Que fue **mercenario**, que tuvo una discoteca en Calella... El caso es que no puedo más. No duermo, no como y no sé ni cómo mirar a mi mujer. — Se pasó la mano por la frente y encendió otro pitillo—. **No soy ningún héroe, pero me gustaría ver a cualquiera en mi situación. Solo espero que todo termine, pero con la seguridad de que no acabaré muerto.»**

«La **detective** era una joven delgada de ojos oscuros y burlones y cabello negro con la que había colaborado en otros casos. No disponía de los servicios de las grandes marcas, pero era eficaz y yo aún no sabía si iba a necesitar seguimientos con varios coches ni reportajes fotográficos. De momento, tan **solo quería acudir a la policía manejando los datos disponibles**. Tener, por lo menos, una hipótesis que impusiera su lógica a acontecimientos caóticos. A fin de cuentas, **a veces las pruebas están mal situadas y apuntan hacia quien no deben. Y, a veces, los clientes mienten a sus abogados.**»

«—Hoy he visto a Eduardo. Me estaba esperando a la salida de la oficina — dijo con tono apremiante.

—No me habías dicho que hoy era día de pago.

—No lo era — aclaró—. **Cuando lo he visto sabía que algo iba mal**. Me ha hecho subir al coche, ¡a mi coche!, y me ha dado una vuelta. Estaba más amenazador que de costumbre.

—¿Qué quería? — le pregunté.

—Contarme que **Pascal está muerto**. Que él no quería hacerlo, pero que sus jefes tenían prisa por cobrar y no estaba colaborando. Que **se les ha acabado la paciencia y ahora me toca a mí. Tengo que pagar como sea o soy el siguiente.**»

«—Sí, comentaré todo esto con Badía a ver qué me cuenta — le dije—. Pero la pregunta aquí es cómo **Eduardo pudo saber del asunto de Bruselas y del robo a Prat. Esto habla de algún tipo de vínculo, y de los raros**. Aunque lo urgente era saber que Pascal tenía unos antecedentes dudosos (lo que puede explicar algunas cosas) y que Badía está limpio. Voy a denunciar hoy mismo.»

«—Ahora el caso está judicializado y ya puede llamar a su cliente y decirle que se venga para aquí sin excusas ni pretextos — sentenció la juez—. Con la denuncia que presentó ayer he abierto un procedimiento, por lo que la causa está en marcha. Y **lo primero que voy a hacer es designar a la Guardia Civil como policía judicial y ordenar el secreto de las actuaciones**. Ya sabe lo que eso quiere decir.

—¿Que coja el portante y me marche? — pregunté. [...]

—Ya saben que es muy posible que haya un muerto — respondí. —Por eso **las diligencias se abren por asesinato y el procedimiento irá por la ley del jurado** — intervino la juez.»

«—¿Lo que dice Eduardo te incrimina? — pregunté.

—Siempre lo hace. **Ahora amenaza con que si alguien lo acusa de la muerte de Pascal dirá que yo se la encargué**. Negué con la cabeza.

—No tiene ningún sentido. ¿Por qué ibas tú a querer muerto a Pascal?

—Eso díselo a él. — Badía se encogió de hombros—. Y a la Guardia Civil. Y a la viuda. Me ha llamado un par de veces y, sin la menor ambigüedad, ha dejado claro que sospecha de mí. **Dice que según Pascal yo le debía un montón de dinero.**»

«[...] De momento, tome nota de que **la viuda no es tan pánfila como nosotros y mantiene vivas sospechas sobre su cliente**. No le voy a ocultar que ese hombre no me gusta nada, y que **las relaciones que tenía con el muerto tienen muchos puntos oscuros**. Todo ese trapicheo de pisos, naves industriales y coches de lujo con un insolvente con antecedentes penales no parece trigo limpio.»

«—**Esta imagen virtuosa es una mentira** — siguió—. Aquel tipo de la mesa del fondo, el gordinflón medio calvo que pone cara de conejo mientras come también **se supone que era amigo mío. Hasta que tuvo ocasión de difamarme sin que yo le hubiera dado el menor motivo**. Seguimos coincidiendo mucho por aquí como si nada, pero te aseguro que no descarto matarlo un día de estos. En realidad, disfruto tanto con la idea de matarlo que me va bien que siga vivo. **Si entre nosotros hay algo parecido a la virtud, te aseguro que es muy frágil.**»

«—Supongo que se sabrá antes de mañana, pero de momento no se ha filtrado nada — dijo Judith con tono misterioso—. **Ayer la Guardia Civil detuvo a Prat y al otro tipo del viaje a Bélgica, su cuñado Pepe**. Los del grupo de investigación de crimen organizado aún están registrando los domicilios y mi contacto se enteró de pura casualidad [...].»

«—**Un amigo mío siempre dice que el protagonista de las historias criminales es el muerto, ni la detective ni el abogado: el muerto**. —O el asesino — dijo Judith—. Piénsalo bien. **Prat está seguro de que le han robado por orden de Pascal, cree que Pascal y Badía son socios y, en realidad, lo que pretende es darle un escarmiento a Pascal y cobrar lo suyo de uno o de otro**. Como los esbirros son un desastre, todo se tuerce y Badía acaba medio secuestrado y pagando el pato.»

«—Prat y su pariente, Josep Tauler, conocido por todos como Pepe, **contrataron a los sicarios que mataron a Pascal**. Tenemos pruebas inapelables y ahora estamos atando cabos y verificando la historia. Me recliné hacia atrás y valoré la información. —**¿Qué podía tener Prat contra Badía?** — pregunté. —Nada en concreto, pero no lo podía ni ver. Supongo que la habitual **combinación de mezquindad y mala hostia que preside las relaciones entre la gente de postín.**»

«—¿Un escarmiento a Pascal que se les fue de las manos? aventuré.
—Para nada — descartó Gonzalo—. El encargo pasaba por matar a Pascal después de sacarle información sobre las grandes cantidades que este, supuestamente, tenía en efectivo. El plan llegaba hasta la ex y los hijos. Si hacía falta, también había que matarlos. No te equivoques, **la ejecución fue más o menos chapucera, pero el encargo estaba claro y se cumplió. Y el precio no era demasiado alto**, por cierto.
—¿Cuánto? —**Sesenta mil por todo, más lo que pagara Badía** [...].»

«—Perdona, pero **no veo cómo un industrial del cartonaje, un tipo de calçotada y palco del Barça va a contactar con un sicario** — objeté—. No es un mercado al alcance de cualquiera.»

«No debía de ser la primera vez que se veían y se saludaron con educación, tratándose de usted y con las formalidades acartonadas propias de la cita en una notaría. **Charlaban pausadamente, en el tono propio de una transacción de negocios rutinaria, pero hablaban sin subterfugios de matar a Pascal. Prat concretó el encargo en las primeras frases y sus interlocutores no se inmutaron.** [...] Eduardo hablaba con propiedad, como si tuviera práctica, y ponía de manifiesto algún problema logístico. Según dónde se hiciera el trabajo, existía la posibilidad de que se tuviera que **acabar también con la mujer y los hijos** de Pascal. Entonces se hacía un silencio ominoso, como si las voces quedaran clavadas. Luego Prat decía que adelante, que si había que hacerlo se hiciera, pero el precio no aumentaría por ello.»

«Es verdad que hay excepciones — la madre Teresa y gente así—, pero **cualquiera puede matar**. Si no, que se lo digan a aquellos nazis que dejaban las sonatas de Schubert o la mierda que fuera que escucharan y se iban a gasear judíos. Lo que pasa es que **a las personas razonables les hace falta un motivo. A los demás, ni eso.**»

«[...] **Ahí estaba la clave. En la humillación.** Porque Pascal le había robado, pero eso ya era lo de menos: lo había dejado inconsciente en el suelo de un tugurio con los pantalones bajados y la cara en un charco de orina. La policía le podía dar todas las vueltas que quisiera y construir un relato para convencer al jurado, pero **lo único que había ocurrido es que a Prat le habían tocado los cojones y había decidido matar.**»

«—Los periodistas de tribunales seguirán todos los movimientos del juzgado — le aclaré—. Normalmente lo hacen, en casos de asesinato sobre todo. Pero este, además, ha sido un gran éxito de la policía y ellos se ocuparán de que los reporteros afines pongan el foco sobre el tema. **Hay que reconocer que la historia tiene de todo: gente con dinero, sicarios a sueldo, torturas, niños en riesgo de muerte y una viuda que para los relojes al pasar. No me extrañaría que hicieran una serie** — dije.»

«—Lo de la droga es un servicio público — afirmó Sánchez—. **Intermedio en alguna operación de entrega controlada y ayuda a los polis a sacar mucha mala gente de las calles.** Sobre todo, negros y colombianos, tipos peligrosos que hacen que los industriales autóctonos se hallen en franca decadencia. Si mira usted en las noticias verá alguna **redada sonada**, como la del puerto de Barcelona que hizo que ascendieran los galones de toda la unidad antidroga, y, de paso, del fiscal. Fue **gracias a mí** — dijo con modestia. —El mismo fiscal ahora ha pedido prisión incondicional sin fianza... —El mismo hijo de puta — asintió—. Un traidor que no tardará en saber cómo las gasto.»

«—Antes ha hablado de **guerra policial**, ¿a qué guerra se refiere?

—Todos contra todos — explicó Sánchez—. Tenga por seguro que **la droga se la han quedado los chechenos, pero ahora los polis aprovechan para ajustar cuentas entre ellos**. Eso de la coordinación policial no es más que una milonga, aquí cada cual va a la suya y, de paso, **me trincan a mí y perjudican las operaciones antidroga de la Guardia Civil**: dos pájaros de un tiro y Sánchez en la cárcel.»

«Dejé el *parking* de la Ciudad de la Justicia y llamé a Badía para decirle que **quería visitar la nave de Castellar donde todo había empezado**. La policía ya había acabado de procesarla y, al día siguiente, el juzgado me había citado para los interrogatorios de los acusados. [...] **Solía ser una buena manera de empezar un interrogatorio: que el acusado viera que el único imbécil que había allí era él** — por eso estaba en la cárcel—, y que los demás no nos chupáramos el dedo. Porque **cualquiera que se dedique a este oficio debe saber que incluso un caso con viento a favor se puede torcer con un mal interrogatorio.**»

«—La más sencilla y la más frecuente: que se trate de unos auténticos tarados. La mayoría de la gente no está preparada para matar. Pueden creer que es fácil y que solo hace falta determinación y mala leche, pero no es cierto. **Para matar con alguna posibilidad de salir impune hay que tener un talento especial y suerte. Por eso los sicarios que prosperan son los que han pasado por experiencias de combate en el ejército** o los que han vivido de la violencia durante tiempo. O los que aciertan al bingo.»

«—¿Me permite que le pregunte si es usted quien va a llevar el caso en el juzgado?

—Sí. Soy yo — respondí.

—El señor Badía me ha contado algunas cosas y me tomaré la libertad de hacerle una sugerencia.

—Lo escucho.

—**Hay que encontrar al quinto hombre, el que aparece en la grabación y nadie ha identificado** — planteó Borja—. Y vale la pena hacer un trato con cualquiera de los detenidos para que dé la información que permita atraparlo. Yo votaría por el drogadicto. Y dejaría que se pusiera hasta el culo de perico si hace falta. Esta gente vendería a su hija a un violador para meterse una raya más, y no es bueno que haya flecos sueltos. Estaba completamente de acuerdo con su valoración. [...]»

«—Esa mujer me odia — dijo.

—**Esa mujer sospecha de ti y no puedes hacer nada. Tal vez cuando vea el juicio y te escuche cambie de opinión.**

—Eso espero.

No sería así.

Fue la última vez que la vimos viva.»

«Salí de la fiscalía con la adrenalina por las nubes. Fernando tenía razón y **Tusquets era muy capaz de montar una operación que pusiera en jaque a todas las policías de la ciudad sin que le temblara el pulso**. Contra lo que mucha gente pudiera pensar, entre ellos mis elegantes socios, en la muy diseñada y turística Barcelona también pasaban estas cosas, por mucho que algunos creyeran que los barceloneses nos pasamos el día salvando ballenas y tomando té chai. **Es la ciudad de las primeras oleadas de heroína, de cuando el sida se llevó por delante a un montón de *bona gent* que no pudo pagar lujosas clínicas o una abducción hippie a Ibiza o Formentera**. [...] No dejaba de ser uno de los signos distintivos de la ciudad orgullosa e hipócrita, uno de los lugares del mundo donde más cocaína se consume, por delante de Zúrich y Amberes. **Lo único que faltaba era que un juez empezara a hacer correr que quienes se encargaban de mover el perico eran nuestras patrióticas y variadas policías.**»

«[...] —Lo hizo, pero no me avanzó nada en concreto. **Habló de una posible colaboración y de facilitar información** — respondí.

—Sí. De aclararlo todo y simplificar el juicio.

—¿A cambio de qué?

—De buena voluntad — aclaró Fuentes—. **De que ni la fiscalía ni su cliente pongan pegas durante la ejecución penitenciaria**. Que si Prat presenta un certificado sobre su salud que resulte favorable para acortar la condena, lo demos por bueno y dejemos que el juez de vigilancia decida sin más prueba, **sin contrainformes ni escritos de oposición por nuestra parte**. Lo mismo respecto a los permisos penitenciarios y al tercer grado.»

«**El sistema es muy eficaz para condenar culpables, bastante inepto para absolver a inocentes y una calamidad para adivinar el futuro**. Sin embargo, todo el empeño que pone para meter a la gente en la cárcel después se convierte en una prisa extraordinaria por sacarla. Las víctimas y los ciudadanos en general muchas veces no lo entienden. Yo tampoco.»

«—**La han matado — soltó Gonzalo—**. Han matado a la viuda de Pascal. Esta mañana encontraron el cuerpo. [...]

—¿Cómo?, ¿quién?

—Quién no lo sé. — Dio un sorbo a su bebida y murmuró—: Todavía no lo sé, pero no ha sido pasional. **Alguien quería saber algo y le ha estado preguntando**. No sabría decirte si ha disfrutado con ello, aunque parece el trabajo de un profesional, no de un sádico. Hizo daño mientras le hizo falta, y podría haber seguido porque muchas zonas del cuerpo estaban intactas, pero paró y le puso fin a todo rápidamente.»

«Nadie va a esperar para juntar las dos muertes en un mismo juicio. Esto abre un caso con una nueva víctima y un nuevo autor, o sea, que se te acumula la faena — dije.

—A mí no. ¿No sabes nada?

—¿Saber de qué? —**Estoy apartado de todas las investigaciones y suspendido de**

funciones — dijo—. Y toda la Unidad de Crimen Organizado de Sant Andreu está fuera del caso de la cocaína por orden del juzgado y de nuestro coronel. [...]

—Ya. **Tuve que pedirte que defendieras a Sánchez, pero ahora vas a tener que ocuparte de mí.** Tusquets ordenó una entrada y registro en nuestras dependencias del cuartel y se llevó hasta los ordenadores.»

«Fernando me llamó desde la fiscalía antidroga avanzando que **Tusquets le había hecho caso e iba a dejar a Sánchez en libertad.** Como era costumbre de la casa, el juez no iba a decir en su resolución que concedía la libertad atendiendo mi petición y a la vista de mis doctos argumentos.»

«Parecía que lo tenía todo bajo control, pero bajo la dureza se percibía cierta fragilidad. **Su andamiaje mantenía un peligroso equilibrio entre traficantes al por mayor, su propio negocio minorista y la colaboración con la policía.** Había visto funambulistas en posiciones más seguras que la suya. Normalmente, siento tanta simpatía por los traficantes de drogas como por las hienas, aunque simpatizo aún menos con los cretinos que un buen día las prohibieron y **crearon un problema criminal donde no lo había.** Al mismo tiempo, fomentaron un negocio estratosférico para cualquier empresario que decidiera correr riesgos y saltarse la prohibición. **La droga era el producto capitalista por excelencia, el sueño de cualquier mercader:** los clientes acudían de rodillas suplicando que les vendieran sin que importara la calidad o el precio.»

«—La muerte de Inés... — susurró—. Hace días que no puedo dormir pensando en ella. Pobre chica, **supongo que el siguiente seré yo.**

—No tiene por qué ser así — tercié yo—. Quien lo haya hecho ha corrido un riesgo extraordinario y la policía te tiene vigilado las veinticuatro horas. Sin contar a Borja, que no parece manco.

—¿Esos pactos son posibles? — quiso saber Badía.

—Hasta cierto punto — le aseguré—. **Nadie puede evitar que les caiga una buena condena, pero las consecuencias se pueden modular en cierta medida según el acuerdo a que se llegue con las acusaciones.**»

«—Me es igual que cumplan quince o veinte años — dijo—, lo que **no quiero es que luego vengan a por mí.** O que envíen a alguien como el que anda suelto. **Si un poco de vista gorda es útil para que lo atrapen, me doy por contento.** Hubiera preferido que la opción se presentara antes, cuando eso podía haber ayudado a Inés.»

«—Bien. Además de no solicitar la prisión permanente, **la fiscalía está dispuesta a aplicar una atenuante analógica de confesión y cooperación con la justicia que implicará una pena de quince años menos un día por los delitos de asesinato y secuestro.** Igual pena para los cuatro. El señor Jayden se quedará con la complicidad para el asesinato y el

secuestro, con las mismas atenuantes, con lo que en seis años estará limpio de polvo y paja. De propina, la fiscalía no interferirá en los expedientes penitenciarios: aceptaremos lo que el Juzgado resuelva sin rechistar.»

«—Sí. ¿Cuál ha sido el resultado de la colaboración? — pregunté. Martínez apuntó a Fuentes con el lápiz y le cedió la palabra.

—Ya sabe que se abrió otro procedimiento por el asesinato de la exesposa de Pascal que corresponde a otro juzgado — comenzó este—. Las actuaciones están declaradas secretas, de modo que no entraré en detalles, pero sí les puedo decir que **la información ha sido útil. Aún es pronto para establecer si la policía ha llegado al presunto autor de la muerte de Inés, pero sí podemos asegurar que se trataba de la quinta persona presente en la grabación en la que se encarga el asesinato.**

—¿Lo ha reconocido? — pregunté.

—Poca cosa podrá reconocer. Intentó abrirse paso a tiros en la urbanización de Torredembarra donde lo localizó una unidad de los *mossos* y **fue abatido.**»

«Posiblemente **nadie llegará a saber si el relato del fiscal que recogían aquellas páginas de amarillento papel reciclado se correspondía con lo que ocurrió realmente.** Con lo que había iniciado aquella secuencia de acontecimientos que desde un bar con mujeres en *topless* en Bélgica acabó con un hombre asesinado en el almacén de un pueblo del cinturón de Barcelona y una mujer — su mujer— torturada y ejecutada con fría precisión. **Era una versión consensuada y lo más próximo a la verdad que podíamos obtener.** Lo que se llama con encomiable modestia la «verdad procesal». La verdad material reside en otro lugar alejado de los tribunales de justicia, donde siempre reina la oscuridad y las sombras se burlan de nuestros esfuerzos.»

«Pasé las siguientes semanas encerrado en el juzgado de Tusquets asistiendo a los interrogatorios de un buen número de policías. [...] **Al final, Tusquets hubo de tirar la toalla y concluir las investigaciones sobre la desaparición de la cocaína en la entrega controlada por Sánchez.** Se había convertido en la némesis de todos los cuerpos policiales de la ciudad, pero no llegó a ningún sitio y la próxima vez que necesitara algo de algún tipo armado iba a tener que llamar a los marines o a los *rangers* de Texas. [...] **La versión de la estafa de los nueve paquetes de yeso no convenció en ningún momento al juez,** pero no encontró nada mejor que le permitiera seguir adelante. Dictó un archivo provisional de la causa para los policías y envió a juicio al checheno.»

«Pocos días después, **Fernando me llamó desde la fiscalía antidroga.** Su voz tenía un tono metálico y amargo, carente de cualquier afabilidad.

—¿Cuándo puedes pasar por mi despacho? — preguntó.

—No sé. ¿Mañana?

—Mejor hoy. Agradecería que hicieras lo posible.

—¿Ocurre algo?

—Se supone que te llamo y te pido que vengas para explicártelo. Si no, ya te lo hubiera dicho por teléfono — respondió secamente. [...]»

«Fernando estaba sentado a la mesa de su despacho contemplando la pantalla del ordenador con expresión fúnebre. Tenía los ojos enrojecidos y el pelo le caía en desorden sobre la frente. Parecía que llevara sin dormir una semana. —¿Qué pasa? — pregunté. — Sánchez.

—¿Qué?

—Mira. [...] **Estaba mirando la fotografía en color de un cuerpo desmadejado sobre la arena de una playa.** Se veía la cinta de control de la policía y el resplandor de los *flashes* de los agentes de la científica. Fernando siguió pasando fotografías con el ratón y **tuve que apartar la mirada, porque había reconocido a Sánchez** y noté su presencia sobre mí, como una sombra plomiza. [...] Cuando los hombres del forense giraron el cuerpo y lo colocaron en posición de decúbito supino pude apreciar cómo lo habían matado. Algunos llaman a ese método la **corbata colombiana**, que consiste en rajar horizontalmente el cuello de la víctima, meter la mano por ahí y extraer la lengua por la herida abierta. También **dicen que es el castigo idóneo para chivatos y confidentes.**»

«[...] **Sánchez tenía la identidad secreta más conocida de Cataluña.** Era como el Clark Kent de la cocaína: todo el mundo sabía que era Superman.

—Sí. **La protección de testigos en su caso ha funcionado como un letrero de neón con un dedo señalándolo** — afirmé.»

«—**Voy a montar mi propio despacho** y hacer lo que me dé la gana hasta que llegue el momento de trasladarse a Sant Nicolau — dijo.

—¿Es un pueblo de la Cerdaña?

—No. Es el cementerio de Sabadell. [...]

—El caso es que voy a recibir una cantidad de dinero más que importante por la recompra de mis participaciones del despacho y que tengo unos ahorros dignos de un expresidente de la Generalitat — me informó Vázquez—. De esos ahorros forma parte un magnífico piso de quinientos metros en la plaza Francesc Macià que heredé de unos padres estajanovistas y tacaños y que nunca he utilizado. Es **el lugar ideal para una boutique jurídica, el Prada del derecho.** He hablado con Magí y vendrá conmigo. [...] Y ahora hablo contigo.

—¿Conmigo? ¿Quieres contratarme? — le pregunté.

—**Quiero que seas mi socio a partes iguales.**»

Ariel

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN

Erica Aspas

RESPONSABLE DE COMUNICACIÓN ÁREA DE ENSAYO

689 771 980 / easpas@planeta.es